

◆ Estambre wixárika

Pedro Tomé

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA)

– CSIC, Madrid, España

En las últimas décadas el denominado “arte huichol” se ha popularizado tanto que pueden encontrarse “tablas de estambre” o figuras elaboradas con chaquira (pequeños vidrios multicolores) en lugares tan dispares como los andenes del metro, tiendas de *souvenirs*, rastrillos y tianguis mexicanos o prestigiosas galerías de todo el mundo. Pero, más allá de su conversión en mercancía al alcance del turista, del exotismo que para algunos tiene cualquier representación amerindia e incluso superando la emoción estética que pueden despertar, estas imágenes, este arte, nos habla de una genuina narrativa iconográfica que no precisa de palabras de acompañamiento. Aunque sí de una pluralidad de prácticas, de comportamientos, que llevan a cabo los wixaritari (wixárika, en singular) que habitan en la mexicana Sierra Madre Occidental y que, en demasiadas ocasiones, son denominados como huicholes, nombre que los conquistadores les dieron.

Quien detenidamente observe este estambre que el wixárika Julio Ortiz Valenzuela elaboró con forma de máscara, pegando hilos de lana con cera de Campeche sobre una tabla, tendrá una primera aproximación a una cosmología de gran complejidad en la que algunas entidades, seres cuya definición excede lo no-humano, tienen un papel muy relevante. En la parte superior central, lo que sería la frente de la máscara, se ve a tupina, el colibrí, que, en ocasiones, se asocia a los niños y las fiestas de los primeros frutos, y que es siempre un mensajero que trae buena suerte. Pero también, a sus lados, sendos alacranes, animales tan imprevisibles que pueden dañar a una persona sin motivo aparente con sus enhiestos aguijones y que, no obstante, contribuyen a guardar a la nutricia madre maíz. Como guardan las estrellas que se ven a los lados de lo que sería boca a nuestro padre sol. Acompañando a esos guardianes aparecen también ofrendas en forma de velas y flechas que contribuyen a hacer de la máscara un espejo que diríamos “mágico” (*nierika*). Un rostro que muestra la diosa del mar, pero que, sobre todo, anuda el pasado y el presente convirtiéndose en una puerta que los ancestros cruzan para adiestrar a los que ahora inician camino en el aquí y el ahora. Porque los wixaritari son camineros.

De hecho, no se entiende su vida sin el tránsito porque cada fiesta, aunque no implique desplazamiento, conlleva un viaje al mundo de los antepasados. Peregrinos, también corporales a todos los puntos cardinales en que se encuentran sus lugares sagrados.

Me topé con algunos, o me encontraron algunos, cuando con Andrés Fábregas andábamos por aquellos caminos de la Gran Chichimeca. Como aquellos seminómadas, los wixaritari atravesaban, atraviesan, el desierto en un perfecto alineamiento. A la cabeza siempre el mara'akame, el cantador, aunque algunos dicen chamán. El destino: Wirikuta. Recorriendo el mismo camino que hicieron los antepasados con sacrificios y restricciones para poder cazar y comer el *hikuri*, el peyote, que tristemente convirtió a los wiraritari en extraño sueño de los perseguidores de alucinógenos y nuevas eras, bastante antiguas, por lo demás. Pero los wiraritari van a Wirikuta para alcanzar el don de ver. Algo al alcance de pocos, solo de aquellos que llegan a ser mara'akates. Especialistas del ritual que la prensa denomina chamanes que luego de cazar al peyote ascienden al Cerro del Amanecer, no lejos de Real de Catorce, en San Luis Potosí, para descubrir como el padre sol logra vencer la nocturnidad y el inframundo que la acompaña. De eso habla la máscara a quien al mirarla se mira.

Aunque entrevisté a alguno y me encontré muchas veces con otros, a veces simplemente sentados en cualquier plaza tapatía vendiendo los productos que habían elaborado, nunca trabajé sobre/con los wiraritari. Sin embargo, para mí, que estudiaba a los rancheros jaliscienses, los huicholes siempre estaban allí para recordar(me) la presencia de las múltiples ontologías amerindias. No, desde luego, para identificar una precisa, como si hubiera una específica para cada pueblo en una yuxtaposición formadora de un mosaico al estilo de los mapas coloniales. Más bien, múltiples y entrecruzadas. Allí estaban como el recordatorio permanente de la posibilidad de variados mundos que conviven simultáneamente y que (nos) obligan a repensar continuamente las costuras del que consideramos nuestro. Y así, Johannes Neurath, Jesús Jáuregui, Olivia Kindle, Arturo Chamorro, José Luis Iturrioz o Héctor Medina, por nombrar a algunos de los que han dedicado parte de su vida y trabajo a conocer cómo han vivido, cómo viven, aquellos hombres y mujeres de festivos y coloreados trajes a los que muchos denominan huicholes, nos han hecho partícipes de lo estrechas que se quedan las teorías cuando se trata de un grupo de cuyo incierto origen nos hablaba el añorado Phil C. Weigand. Gentes que no pocos han querido arrinconar, como diría Marisol de la Cadena, en el mundo de las “creencias indígenas” mientras se niegan a aceptar sus prácticas. Cómo no recordar las páginas que José de Jesús Torres escribió hace un par de décadas sobre los modos en que “el costumbre” de los wiraritari era hostigado. Porque un estambre nos habla de ontologías, pero también de los modos, como han mostrado Diana Negrín o David Avilés, en que el pluriverso debe enfrentarse al capitalismo.

La idealizada, aunque dura, peregrinación a Wirikuta, que cualquier realizador de documentales anhela seguir, y cuyo trasfondo está en esta máscara se interrumpe cada día con alambradas que cortan los caminos y cierran los aguajes donde descansaban y bebían los caminantes en el desierto. Son cercas, bardas, que, al impedir la peregrinación, imposibilitan que los antepasados hablen y el pasado se anude con el presente en máscaras como esta. Cierto que solo los wiraritari tienen derecho a cazar el *hikuri*, el sagrado peyote, pero la usurpación agrícola y aquellos, no pocos, que subrepticamente lo buscan para otros usos – también hay un turismo de lo psicoactivo –, lo hacen cada vez más difícil. Los peregrinos reciben la bendición al arrancar el camino, pero ahora, al enfrentar las quebradas, los cañones de imponente belleza, tienen que sortear no sólo los peligros de la naturaleza, sino los emanados de las prospecciones mineras y de los megaproyectos transnacionales que no caben en una máscara, pero condicionan una práctica que la explica. De repente, hacer lo que siempre se había hecho se convierte en un acto de resistencia. Una máscara que refleja una cosmovisión plantea un mundo alternativo al que se considera inevitable. La leibniziana convicción de que el mundo real es el mejor de los posibles, se derrumba cuando el colibrí, lejos de andar de flor en flor, trae mensajes que alertan sobre los riesgos que corre una forma de estar y ser en el mundo. Cuentan los wiraritari que muchos de los cerros, de las rocas que vemos por la Sierra Madre son, en realidad, antiguos dioses que quedaron petrificados cuando por vez primera nuestro padre el Sol alumbró esta tierra. Pero, para las empresas mineras que anhelan desnudarlos y extraer de su interior abundantes beneficios económicos, son solo lubricante que engrasa un sistema que, a la vez que dice que quiere integrar la diferencia, excluye todos los modelos culturales diferentes al imperante. Así, la vía de peregrinación se convierte en desigual campo de batalla donde unos acuden con armas, maquinaria y, si preciso es, las fuerzas del orden. Mientras, de quienes defienden los territorios que usufructúan desde hace algunas centurias solo se acepta que invoquen a los sagrados venados.

Este estambre, esta máscara, es “arte huichol”. O, incluso, artesanía para aquellos que no consideran arte más que lo que prescriben algunos museos. Pero es también una narración en la que un wixárika cuenta a quienes quieran saberlo que este es mundo de mundos. Todos interconectados e influyéndose mutuamente pues los caminos se hacen con pasos muy diferentes. Colibrí, alacrán, maíz, sol, luna, vela, flecha construyen *nierika*, un haz en el que se enlazan tiempos y espacios en una diferente forma de ser en los mundos.



Copyright of Etnográfica: Revista do Centro de Estudos de Antropologia Social is the property of Centro em Rede de Investigacao em Antropologia and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.